

sistas achacan á mistificaciones de espíritus malos, todo lo que ataca sus intereses de *amor propio* y de hinchada presunción de fungir como proto-maestros de las doctrinas compiladas por Allan Kardec.

Así como se ha escrito la obra "Jesucristo en el Vaticano," así se podría escribir "Allan Kardec entre los espiritistas del *statu quo*."

¡Cuántos reproches oírían de su progresista maestro esos discípulos de estampilla á quienes asusta y aterra el libre examen, creyendo torpemente que el progreso solo ha de ser progreso, en tanto que sus doctrinas no sean reformadas!

CARTA CUARTA.

A D. JOAQUIN CALERO.

No se puede condenar ningún abuso, ni poner en claro falsas interpretaciones de doctrinas que se ven como *santas é invulnerables*, sin que todos aquellos que las profesan dejen de sentirse ofendidos en lo más sagrado de sus creencias. Pero esto no es culpa de los que van en busca de la luz, ni de la ley de progreso, que conduce al hombre hacia la verdad sin fin. Débese esto á la ignorancia que ha levantado altares para venerar á *prohijados errores*, LOS CUALES SON CAUSA DE QUE NO SE VAYA EN POS DE MAYOR VERDAD.

("La Ley de Amor."—Comunicación de MARIA).

Voy á tratar de un *argumento* expuesto por vd. para impugnar mi obra, el cual, como ninguno otro, me ha parecido digno de ofrecerse como modelo elocuentísimo para indicar cuál es el móvil que le ha lanzado á la crítica.

Transcribió vd. un pequeño párrafo de mi libro que contiene unas cuantas de las preguntas que formulé para que se les dé racional contestación, por parte de los metafísicos. Preguntas de aquellas que jamás podrán alcanzar contestación conciliante con el *gran fundamento* metafísico de la *causa divina*, por más que se

compilen en toda una biblioteca las argucias y las sutilezas más ingeniosas que haya producido el doctorado metafísico, constituido en toda su grandiosa síntesis.

A fin de que mis lectores puedan reconocer la *fuerza* de los *fundamentos* que empleó mi crítico para refutar mis razonamientos, voy á transcribir aquí algunos párrafos del capítulo de mi obra intitulado "La Causa Creadora," para que llenen el inconsciente objeto que la inspiración aconsejó á mi crítico transcribir tan solo en parte que no completa mi pensamiento.

Dicen así los párrafos del citado capítulo:

"Bajo el punto de apreciaciones de una causa personal y soberana en facultades, la razón se extravía en la petición de origen, entra en el absurdo y termina por ceder el puesto á la fe ciega. ¿Admitimos su existencia increada? entonces surge el antagonismo evidentísimo que existe entre una causa absoluta en perfecciones y unos efectos imperfectos, ó relativamente perfectos."

"Bajo el concepto de la causa que proclamo, impersonal y progresiva, no surgen semejantes conflictos, y su existencia increada se tiene que admitir lógicamente; pues si pedimos una causa más simple que la simplicidad absoluta, que es sobre el punto de partida que mi sistema considera á la sustancia con su agente á ella inherente, resulta, que término más simple que el de la simplicidad absoluta, solo se lo podemos atribuir á la nada; y como la nada, nada es, resulta que no podemos pedir lo que se deduce lógicamente que no puede existir. Y, por lo que hace á su calidad de causa progresiva en poder, también se deduce lógicamente

que sus efectos tenían que seguir en escala ascendente, realizando la perfección que, observada por la ciencia, le hizo formular la ley de progreso; justificándose así, el que, la grandiosidad de la creación, sea una grandiosidad relativa, y no absoluta, en perfección."

"Pero aun hay más, señores metafísicos; penetráos de esta cuestión que me permito plantearos. Admitiendo, sin conceder, que fuera de los elementos cósmicos existiera una causa soberana, ésta, á vuestro modo de ver, tenía la ciencia infusa y absoluta que le hacía conocer todo el Universo no existente aún; bajo tan estupendo conocimiento concibió maravillosamente toda la inmensa complejidad de los tipos, de los seres y de las múltiples relaciones y combinaciones que resultarían de esos tipos y de esos seres. Entonces reconoceréis necesariamente, que un ser semejante constituye una dificultad mayor para nuestra inteligencia, que la que pudiera engendrar la existencia increada de la sustancia cósmica con su agente á ella inherente. Yo no comprendo cómo la existencia increada de estos elementos, pueda ofrecer un hecho imposible, y no lo parezca y mucho la existencia increada de un ser que tenía la ciencia de todo lo que no existía. Bajo el punto de vista de los elementos simples, *sustancia y agente cósmicos, increados y coeternos*, si se pregunta: ¿qué hacían esos elementos antes de entrar en actividad? se puede responder, sin que la razón lo rechace: dormían con el reposo peculiar de un *germen inteligente*, cuyo estado rudimentario no podía ser otro, en su más simple significación, que el de lánguida pereza; pero que, una vez despierto, comenzó gradualmente á

desplegar sus actividades en progresión lenta; de tal manera que la evolución inmediatamente superior no era la resultante de un plan preconcebido, sino la exigencia engendrada por los grados de progreso que adquiría *la naciente inteligencia universal*. Entonces se explica lógicamente, por qué la marcha torpe y lenta que los seres emprenden en la vía de su desarrollo; por qué éstos, con doloroso afán, conquistan su progreso; y entonces, en fin, se explica y se justifica toda la relatividad de los efectos, pues los vemos relacionados con la relatividad de la causa. Pero formulad la pregunta á la inversa, y entonces veréis cómo es imposible dar respuesta racionalmente satisfactoria. ¿Qué se hacía ese *ente soberano*, con amor absoluto, con sabiduría absoluta y con poder absoluto, en medio del caos? Juro, á fe mía, que se fastidiaría horriblemente."

"Entonces si vienen todos estos conflictos: ¿por qué aquel *ser* que con *poder absoluto* y ciencia infusa se hallaba en presencia de los elementos primitivos, á su *soberana disposición*, no formuló un plan de *perfección absoluta*, en conformidad con su naturaleza que así lo era?"

"¿Quiso egoísta establecer las bases de una creación imperfecta para que la criatura sensible y pensadora, llegada á la categoría humana, se constituyera en su sierva? ¿Quiso tener vasallos, mejor que hijos ó que hermanos? ¿Quiso que el hombre llegara á la felicidad á costo de martirios, que á ser combinados y preconcebidos, solo podían ser obra de un monstruo, de un bárbaro, de un bandido, y nunca de un ser todo amor, todo justicia y todo bondad? ¿Por qué la necesidad de

que sus creados se arrastraran en el cieno, antes de sentir la felicidad? ¿Por qué este egoísmo para los creados, cuando el creador pudo ser feliz sin experimentar el dolor? ¿Por qué impone tan duras condiciones quien no las tuvo para ser feliz y dichoso en lo absoluto?"

"Nosotros, imperfectos, y mucho, anhelamos dar gratis la felicidad á nuestros hijos; y les evitamos, en cuanto nos es dado, el aguijón de los dolores. ¿Qué no sería de esperar, respecto á ese *poder fantástico* que la humanidad niña ha soñado!"

"¿Por qué es remisa la causa *personal y suprema*, para dominar el mal? ¿Por qué orgullosa y despóticamente nos desprecia y nos ve como á miseros gusanillos, habiendo puesto en nuestra alma la aspiración á lo justo, á lo bello, á lo grande, á lo absoluto, á lo eterno é infinito? ¿Por qué puso en nosotros la facultad de razón, y se ofende cuando de ella hacemos natural empleo? ¿Por qué no excluyó de su obra lo fortuito y lo monstruoso? ¿Para qué la existencia malograda del niño que murió al nacer?"

"Vosotros, con toda vuestra precoz razón, que yo veo aún en pañales, eslabonada con la razón niña de los pueblos que ofrecían al mito las entrañas de su víctima, ó que, vivos, quemaban en la hoguera á los *soberbios herejes*; vosotros, digo, contestaréis á mis preguntas diciendo: misterios y nada más que misterios; pero yo, audaz, soberbio y atrevido, os digo: naturalidad, lógica, y nada más que lógica; pues todas esas dificultades no surgen ya desde el momento en que queramos ver

que la causa creadora imbibita en el seno de la sustancia cósmica, solo ha alcanzado un poder relativo y todavía no absoluto; pues entonces, de un poder relativo solo podemos exigir efectos relativos, que son los que se ofrecen ante la faz de todo el mundo, por más que el sentimiento inmoderado de lo divino y misterioso, ciegue á todos aquellos que no los quieren ver con los ojos de la razón, y si con los del sentimiento, al través del incienso que le quemán á sus dioses."

"Vamos á examinar lógicamente cuáles son las proposiciones falsas que constituyen fundamentalmente el imposible de un *absoluto perfecto y personal*, precediendo á la formación del Universo. Para ello, examinémoslo en los principales atributos de la perfección.

"*Sabiduría.* Antes de que existiera el Universo, ¿sobre qué elementos estaba constituida la *sabiduría absoluta*, puesto que no existía todo el mundo objetivo, con sus múltiples relaciones y combinaciones? ¿Cómo pudo formarse tal sabiduría, cuando la escuela práctica aún no existía? ¿Puede existir la *sabiduría absoluta*, que nada sabe, de lo que no existe?

"*Amor.* Antes de existir las criaturas, ¿sobre qué elementos se ejerció tan sublime don? ¿Cuáles eran los sujetos que inspiraban el *absoluto amor*? No encontraremos otra cosa, que las pavorosas tinieblas del caos, en cuyo seno dormía la sustancia cósmica.

"*Poder.* Antes de que por inmensa derivación de estados sucesivos, adquiridos en millones y millones de evoluciones, las fuerzas cósmicas llegaran á la com-

plexidad, armonía y perfección que hoy tienen, y por lo tanto, en el momento de simplicidad y de potencia latente ¿qué hacía en semejante estado el poder activo de tan *absoluto poder*? ¿El, intencionalmente *para entretenerse*, estableció las bases de una creación que se desarrollara con torpe y perezoso movimiento, haciendo que abortaran mil imperfecciones, para vender caro el favor de corregirlas? ¡Excelente sandez, á fe mía!

¿O bien fué á efecto de que quiso que aprendiéramos á ser felices prácticamente y por natural conquista? Esto lo encuentro muy lógico y muy natural bajo el punto de vista del sistema que propongo, y está en plena conformidad con las evoluciones de una Naturaleza que excluye lo divino y lo sobrenatural, pues así no podemos pedir una perfección maravillosa, puesto que ella tiene que ser la resultante inmediata de progresivas evoluciones; pero no sucede lo mismo partiendo de vuestro sistema metafísico, en el cual se admite como *centro, como foco principal, lo maravilloso, lo sobrenatural, lo divino, lo absoluto en perfección.*"

Hasta aquí la parte que de mi sistema he transcrito. Ahora se me permitirá aducir otros razonamientos adicionales. Supongamos, sin conceder, que existiera ese *magó divino*. ¿Qué papel le tocó representar en la formación del Universo? El de dar un *soplo estupendo* para despertar la primitiva fuerza; y despues, encogiéndose de hombros y lanzando una carcajada, se hundió en el *vacío* diciendo: ¡A ver qué resulta!

Reflexionen los divinos metafísicos, y verán que no merece la pena introducir en el escenario universal un *histrión* tan ridículo, cuyo papel no tiene otro objeto

que enredar y hacer incomprensible el espectáculo de la creación.

Engendrar en la revuelta mente metafísica un ente de existencia absurdísima, de germinación maravillosa, de atributos jamás experimentados ni observados, para cumplir un papel tan sandio y raquítico, no cabe más que en la mente del pensador primitivo.

Contrástese fría y serenamente esta manera de "rellenar un vacío,"—como dijo mi otro crítico D. Juan Valera,—con la manera que yo tengo de rellenarlo diciendo: *Media eternidad cáptica fué necesaria para engendrar el proto-movimiento de afinidad molecular.*

Como media eternidad se ha necesitado para cada una de las evoluciones cosmogónicas, según voy á demostrar.

Si nos fijamos atentamente en que, tras de un presente dado se extiende un tiempo pasado ilimitado, y se abre un tiempo futuro también ilimitado, hallaremos que cualquier tiempo presente es, si así puede expresarse, *mitad* de la eternidad. Pues bien, sentado esto, se puede decir en perfecta lógica, que todas y cada una de las evoluciones cosmogónicas ha necesitado un pretérito ilimitado para efectuarse. Un pretérito ilimitado se necesitó para salir del caos; un pretérito ilimitado para las primeras concretaciones siderales; un pretérito ilimitado para que se realizaran los tipos minerales; un pretérito ilimitado para que se produjeran los tipos vegetales; un pretérito ilimitado para que se engendraran las especies animales; un pretérito ilimitado para que se erigiera el tipo humano, y un pretérito ilimitado para que este tipo humano llegara al prodigioso grado de

ser un crítico metafísico kardeciano; y se necesitará la llegada de un tiempo remoto que señale un presente famoso, para que la cándida lucubración deista desaparezca de la *tribu terrenal*. Esta noción también nos indica cuán mezquinas son nuestras apreciaciones de medidas cronológicas; pues ella nos advierte que el lapso secular que media entre el industrial de la *edad de piedra* y el industrial de la edad presente, no dice nada ante los polos ilimitados de un tiempo pretérito y de un tiempo futuro. Lo mismo contemplaban estos polos el despertar del caos, que contemplan el Universo actual; no hay, pues, más ni menos ante la eternidad.

Aquí va á decir mi ilustrado crítico que estos razonamientos que he aportado para dar el *tiro de gracia* á su *mito soberano* , porque están expuestos con lenguaje humano, no tienen valor alguno y que divierten pero no enseñan.

En cambio, querido lector, présteme vd. toda su atención, para que sobrecogido de estupor, adquiera vd. el conocimiento de cómo enseña mi incomparable crítico. Ha llegado al fin el momento supremo en el cual va el lector á conocer cuáles fueron los argumentos supra-lógicos, con los cuales refutó los razonamientos que he dejado insertos.

El Sr. D. Joaquín Calero refutó mis racionios, diciendo: que IMAGINARA yo que los metafísicos tenían argumentos para contestar á mis preguntas, y que esto lo podía yo ver en los libros *que mejor me agrada- ra consultar, porque él no se quería constituir maestro mio* , (eminente favor que no le he solicitado, por manera alguna, al Sr. Calero).

Quien crea que hay exageración en mis asertos, allí están al fin de este volumen los "Artículos Criticos del Sr. Calero, cuya lectura recomiendo, á fin de que se juzgue si mis descargos son legítimos ó no.

CARTA QUINTA.

A D. JOAQUIN CALERO Y A LOS ESPIRITAS MISTICOS Y ORTODOXOS EN GENERAL.

Vuestro libro ("Roma y el Evangelio.") será la protesta de la verdad humilde contra el error triunfante y orgulloso. Su filosofía sencilla penetrará suavemente en las entrañas del pueblo: será un pequeño roedor; pero, en su pequeñez, contribuirá eficazmente á destruir los pies del gran gigante. No es un trabajo perfecto, pero sí de grande utilidad: más útil para el pueblo que algunos de mis libros, QUE SERA NECESARIO REFORMAR. ("Roma y el Evangelio." Comunicación dada por el espíritu ALLAN KARDEC).

Cada quien juzga de las cosas con el criterio que se deriva de sus facultades intelectuales y afectivas; por eso es que no me extraña que á vd. le parezca odiosa é insolente la energía empleada por mí para combatir á místicos y á metafísicos. Cuando no se está animado del vehemente y noble amor hacia la verdad, no se siente la asfixia que el hálito emponzoñado del error esparce en derredor de sí. Por tanto, tergivérsase la intención de quien, empleando correctivos fuertes, trata, no de zaherir con torpe y brutal empeño á quienes encarnan el error, y sí al error mismo. Si vd. en esta vez no representara al grupo de ciertos hombres apasionados, no me afanaría por fustigar sus presunciones y sus prejuicios, con energía asaz dura. Fastidia-